



EL BARCO
DE VAPOR

Danko, el caballo que conocía las estrellas

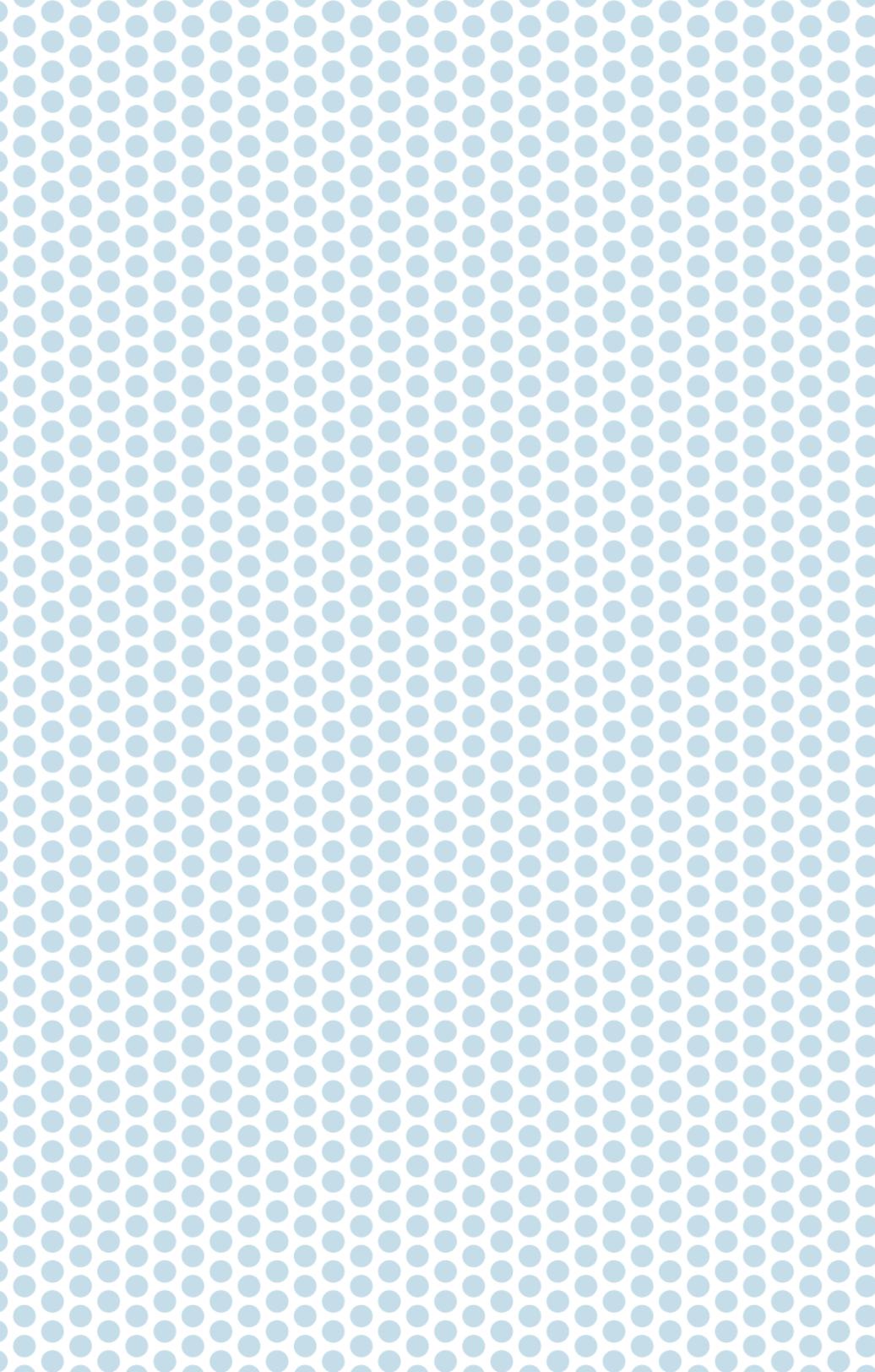
José Antonio Panero

Ilustraciones
de Ana Varela



PREMIO
EL BARCO
DE VAPOR







EL BARCO
DE VAPOR

Danko, el caballo que conocía las estrellas

José Antonio Panero

PREMIO EL BARCO DE VAPOR 1987

Ilustraciones de Ana Varela





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en

www.fundacion-sm.org

LITERATURAS**SM**•COM

Primera edición: abril de 1998

Trigésima novena edición: julio de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Coordinación editorial: Carolina Pérez

Edición: Alejandra González

Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: José Antonio Panero, 1998

© de las ilustraciones: Ana Varela, 2018

© Ediciones SM, 1998, 2018

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-258-4

Depósito legal: M-17296-2018

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Daniel y Marco, para Ana,
para Pablo y Javi, para Nikola,
para Giuliano y Veronique
y para todos los niños, porque todos caben
en la grupa de Danko.*

● 1

TRES GOLPES EN LA NOCHE

GRÍGOR DORMÍA como los propios ángeles cuando los golpes bajo la cama lo despertaron. ¡Toc, toc, toc! Era la señal. Su abuela siempre lo despertaba así, dando tres golpecitos con el mango de la escoba contra las tablas del piso.

La abuela de Grígor se llamaba Malva. Abuela Malva era la mujer más dulce y más delicada de la tierra. Tenía el pelo completamente blanco y unos ojos entre grises y azules, clarísimos, que le cambiaban un poco de color, según el tiempo que hiciese. A abuela Malva le costaba mucho subir las escaleras y por eso despertaba a su nieto desde abajo, golpeando el techo de la cocina con la escoba.

Grígor se incorporó en el camastro. El colchón de panojas crujió bajo las mantas. ¿Lo habían llamado o estaba soñando? A través de la ventana,



más allá del bosque de abedules, la noche parecía un plato de porcelana oscura lleno de luces. Los golpes volvieron a sonar, ¡toc, toc, toc!, esta vez con más fuerza, y enseguida la voz de la abuela:

–Grígor, hijo mío, despierta y llama al abuelo.

–¡Sí, abuela, ya voy! –contestó Grígor, y saltó de la cama.

Se vistió a toda prisa y se lanzó escaleras abajo, casi a oscuras, guiado solo por el débil resplandor de las llamas del fogón.

Había llegado el gran momento.

Grígor se precipitó hacia la cocina. Abuela Malva había puesto a calentar un gran pote de



agua y estaba sentada, con las manos cruzadas encima del regazo, contemplando la lumbre.

–¡Abuela, abuela...! ¿Ha nacido ya?

–No, hijo, no ha nacido todavía, pero está a punto de nacer. ¿Has avisado al abuelo?

–¡Ah, el abuelo...! No, se me había olvidado.

Grígor volvió a subir los peldaños de tres en tres, gritando: «¡Abuelo, abuelo...!». Iba a llamar a la puerta, cuando esta se abrió y abuelo Josua apareció en el umbral.

–¿Qué voces son estas, Grígor? ¿Tú sabes la hora que es? ¿Eres tú el que arma tanto alboroto? ¿Por qué no estás en la cama?

Abuelo Josua sostenía un farol en una mano y con la otra estaba terminando de abotonarse los tirantes al pantalón. La mortecina luz del farol agrandaba aún más la hermosa cabeza del anciano. Grígor vio su larga cabellera y su inmensa barba agigantadas en las sombras de la pared.

–Abuelo, ¿no te acuerdas? Va a nacer esta noche...

–¿Quién va a nacer esta noche?

La voz de abuelo Josua era una voz de hombre de las montañas, una voz de tabaco de pipa y aire frío, sonora, cavernosa...

–El potrillo, abuelo...

Abuelo Josua terminó de abotonarse los tirantes y se quedó quieto, sin decir palabra, como si aquel asunto no fuera con él. Grígor se le quedó mirando a la cara, tratando de descubrir una sonrisa, un gesto. Pero nada. En el rostro de abuelo Josua no podían verse más que las arrugas, todas las arrugas juntas de todos los árboles del bosque. Era un rostro esculpido en madera. Pero Grígor siguió mirando, mirando..., y de pronto la descubrió... ¡Ah, sí!, allí estaba, allí estaba, muy lejos, muy lejos, casi perdida en el gris perla de los ojos, aquella lucecita maliciosa que Grígor conocía tan bien. Y la lucecita se fue haciendo cada vez más

grande, y más grande, hasta que ya no le cupo en las pupilas, y entonces el rostro de madera de abuelo Josua se iluminó con una sonrisa que no había en el mundo, su barba se abrió como la copa de un árbol cuando lo mueve el viento y una carcajada bonachona llenó todos los rincones de la casa.

–Casi me habías asustado, abuelo... –dijo Grígor.

–¿Te había asustado, ardillita mía? ¡Nunca aprenderás! –dijo abuelo Josua atrayendo a Grígor hacia su pecho, sin dejar de reír. La manaza del viejo leñador revolvió el pelo del niño y Grígor pensó que aquella era la noche más feliz de su vida.

–Pero, hijo, ¿qué estamos haciendo aquí como dos bobalicones? Seguro que ahí abajo tu padre y tu madre nos necesitan.

–¡Y Laila, abuelo!

–Y Laila también. ¡Corre, vamos, corre!

Grígor volvió a bajar las escaleras como si tuviera alas en los pies. Al pasar junto a la cocina, se detuvo un momento, sin entrar.

–Abuela, ¿tú no vienes?

–Sí, hijo, ahora iré, cuando baje el abuelo.

La puerta de la casa estaba entornada. Grígor salió al corral. El cielo estaba cuajado de estrellas.

Clavada en un poyo, junto a un montón de leña, el hacha de abuelo Josua brillaba como si la hubiesen untado con aceite. A la entrada de la cuadra había un farol colgado de un clavo, y dentro de la cuadra otros dos. Su padre y su madre estaban ya allí. Reconoció sus sombras en el pajar.

Los pasos apresurados de Grígor por el empedrado del corral alborotaron un momento a los gansos que dormían tras la alambrada. En la cuadra, la yegua relinchó.

–Laila, Laila... –acertó a decir Grígor.